

**MENSAJE DEL GOBERNADOR**  
**DEL ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO**  
**HONORABLE RAFAEL HERNANDEZ COLON**  
**EN LA ACTIVIDAD DE RECONOCIMIENTO A LOS**  
**ACTOS HEROICOS Y DE CIVISMO EN LA TRAGEDIA**  
**DEL HOTEL DUPONT PLAZA**

**16 DE ENERO DE 1987**

Yo no sé cuánto espacio ocupa el heroísmo en el corazón del hombre. Ni tampoco sé cuanto espacio ocupa la compasión en el espíritu del hombre. Ni tampoco cuánto ocupa la valentía en el tórax del hombre. Pero, sea cual sea ese espacio, este recinto donde hoy nos reunimos para rendir homenaje y reconocimiento al heroísmo, la compasión y la valentía es todo un universo de admiración, emoción y afecto lleno, hasta desbordarse en lágrimas.

Ayer lloramos de tristeza y pena la muerte y las agonías de unas criaturas que ni siquiera sabíamos quienes eran. Hoy lloramos de orgullo, alegría y agradecimiento por las gestas de honor de unos hombres que sí sabemos quiénes son y, al saberlo, sentimos como un hilo que se desatara desde nuestra conciencia para amarrarse al alma de ellos y hacerse parte de su vida de bien, de su sentido de saber cuándo es que un hombre tiene que jugarse la vida por sus semejantes.

Apenas días antes habíamos cantado "¡Gloria a Dios en las Alturas, y en la Tierra Paz, buena voluntad para con los hombres!" cuando estábamos de pronto aquí, cruzando las sombras dolorosas del Valle

de la muerte. ¡No habían dejado de sonar los hossanas cuando comenzaron a doblar a duelo las campanas' Y el corazón puertorriqueño se hizo de penumbras y tal parecía que se habían apagado las auroras. ¡Pero no! Porque el valor innato de este pueblo se hizo aurora de decisión, voluntad y coraje y alumbró el cielo del heroísmo para, en acción urgente y desesperada, juntarse todas las fuerzas del Bien para rescatar de las garras de la muerte a hombres, mujeres y niños que estaban en peligro de perecer.

Por eso, mi primer reconocimiento en esta mañana va para todos, todos los hombres, mujeres, adolescentes y aún niños que se vistieron de valor, de profundo valor, y de compasión, de profunda compasión para que no pereciese nadie al alcance de su vista, aunque le costase la muerte salvar esa vida.

También sé que, como parece ser condición innata de este pueblo, surgieron del valor de esta tierra unas criaturas que, como ángeles de las alturas, empezaron a rescatar víctimas, a salvar vidas, a llevar a sitio seguro a los heridos, y después desaparecían sin rastro, sin esperar las

gracias, casi por la misma penumbra que desapareció aquel buen samaritano que mencionaba el Señor y del cual nunca se supo su nombre.

A esos héroes sin facciones, a esos héroes que quizás eran las manos de Dios descendiendo desde las alturas, para luego recogerlas, van también las gracias de este pueblo conmovido por sus hazañas.

Agradezco también --y me siento orgulloso de ellos-- el trabajo hecho por todas las agencias del Gobierno del Estado Libre Asociado y del Gobierno Federal que, hermanados tanto en propósitos como en afecto y respeto, funcionaron como un sólo hombre con un sólo objetivo: salvar vidas y resolver las causas de la tragedia, si posible, al mismo tiempo.

No hay palabras para reconocer la excelencia del trabajo realizado por la Policía, los Bomberos, la Defensa Civil, la Guardia Nacional, los Departamentos de Salud, Servicios Sociales, Justicia y de Estado, el Instituto de Ciencias Forenses, la Corporación del Centro Médico, la Compañía de Turismo, la Telefónica, la Guardia Costanera y la Marina de los Estados Unidos.

También debemos reconocer los sistemas de ambulancias públicas y privadas, los hospitales públicos y privados, los médicos, enfermeras, psiquiatras, psicólogos, el personal voluntario del Recinto de Ciencias Médicas que prestó servicios en el Instituto de Medicina Forense, médicos forenses, especialistas en quemaduras y fracturas, paramédicos, expertos en comunicaciones internacionales, jefes de agencias, legisladores, dueños de restaurantes y de casas vecinas, dueños de tiendas de ropa, muchachitos trayendo agua o hielo, sacerdotes, ministros, pastores, diáconos y seglares derramando el bálsamo de la palabra de Dios y la absolución a los que habrían de irse con el Señor.

Aprendimos, de este dolor, muchas cosas. Aprendimos que este pueblo es único. Aprendimos que no se deja amilanar por las tragedias, y aprendimos que tiene pecho y espalda, y corazón, para meterle mano a cualquier dificultad, por más grande que sea.

Aprendimos, también, que la población visitante que convive con nosotros la componen seres extraordinarios.

Los hombres y mujeres y niños, huéspedes o no huéspedes del hotel que destruyó el incendio, aún dentro de la histeria inicial, reconocieron la capacidad de nuestros servidores públicos y se

pusieron en sus manos, como si los hubieran conocido de siempre. Los aptos --y hay ejemplos conmovedores de ello-- se echaron su vida en el bolsillo y se lanzaron a salvar seres humanos, quiénes fueran, porque los héroes no preguntan los nombres de quienes van a salvar, porque el nombre es Dios y el apellido es Hijo.

Aprendimos que hay que revisar todos los sistemas de seguridad contra incendios, no sólo en nuestros hoteles sino en todos los multipisos para viviendas cuyas características de construcción exijan una evacuación rápida en caso de fuego.

Quiero, también, llevar la expresión de mis gracias más conmovidas a la prensa puertorriqueña escrita, radial y televisada, así como a la prensa de Estados Unidos y otros países que vinieron hasta aquí para cubrir la tragedia.

Fui testigo presencial de la dedicación incomparable de reporteros de nuestra televisión que cubrieron en vivo el desarrollo del siniestro, de la casi fanática responsabilidad de acercarse casi hasta los bordes de la muerte para traerle al público la realidad de lo que allí estaba ocurriendo.

Ví los rostros demudados de más de un reportero tratando de reprimir sus lágrimas cuando supieron del número de víctimas en un sólo sitio del siniestro. Ví la lucha fraternal de unos reporteros y periodistas con otros por tratar de conseguir la mejor noticia, la mejor fotografía, las más dramáticas, aún sabiendo que serían muchas las noches de pesadilla que les aguardaban con el recuerdo doloroso de las escenas que estaban viviendo.

Agradezco a los periódicos del país, a todos, el tiempo, el espacio y las energías que dedicaron a mantener informado a nuestro pueblo y al mundo sobre lo ocurrido, y el servicio incalculable de publicar los nombres de los fenecidos y de las personas heridas, y la información necesaria para que sus familiares y amigos pudieran localizarlos.

Quiero con grandes letras destacar y también agradecer la coordinación inmejorable de las agencias de Puerto Rico y federales que tuvieron a su cargo la investigación criminal del caso. La Policía de Puerto Rico, el Departamento de Justicia y su Negociado de Investigaciones Especiales, el Instituto de Ciencias Forenses, el Negociado de Investigación Federal (FBI), el Negociado de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego del Departamento del Tesoro de Estados

Unidos y la Fiscalía Federal exhibieron la más refinada sincronización de esfuerzos investigativos de talento y profesionalismo que produjo en breve plazo los primeros frutos hacia el esclarecimiento de este triste suceso.

Confío que estas palabras --y la ceremonia de reconocimiento al heroísmo, la compasión y el valor de estos hombres y mujeres que nos honran con su presencia y compañía en esta mañana-- nos ayuden en estos días duros que nos esperan luego de enterrar a nuestros muertos.

Porque, cuando frente al holocausto decíamos "Dios mío, Dios mío", como le dijera el Hijo del Hombre a su Padre desde la Cruz del Calvario, no era desamparo, lo que exclamábamos; ni aún la tajante ira ante una hoguera que consumía seres humanos; ni siquiera era resignación lo que expresábamos frente al desgarrador dolor; aquél "Dios mío, Dios mío", como el de desde la Cruz, era sencillamente la aceptación de la voluntad de Dios, la entrega de la vida en Sus manos, que si fueron capaces de hacer el universo, también son capaces de hacer nuevas voluntades, nuevas esperanzas, nuevos ensueños, nuevas criaturas. Porque de la muerte de la materia vital es que nacen los frutos de la materia inmortal



que Dios amasa con Sus propias manos para que, cuando llegue el día luminoso de la Resurrección, los cuerpos que subieron como humo de incienso a los cielos la tarde y la noche de aquel día, estén allí aguardándonos, para el abrazo eterno que nos dará el afecto inmenso de Dios.

En eso creo y eso quiero compartir con ustedes.

Muchas gracias.

FUNDACION

BIBLIOTECA

RHC

